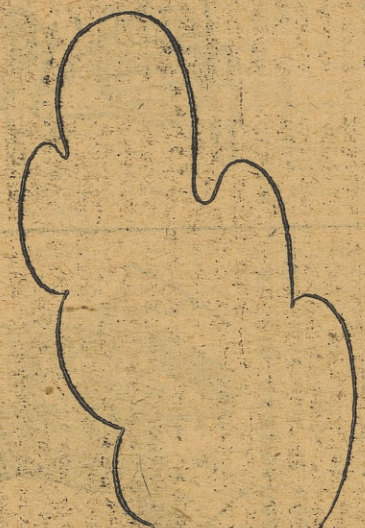


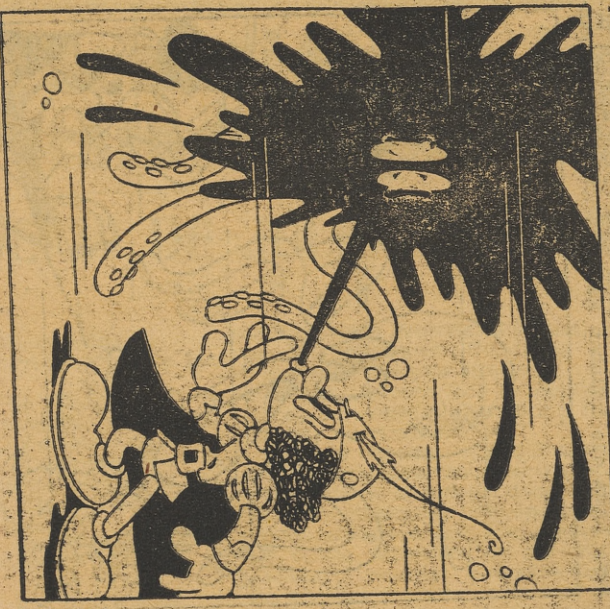
--¿Cuál es el animal que tiene más de dos patas y no llega a tres?
 --¡...!
 --La gallina, que tiene dos patas y "pico,"

(Remitido por Lucía Salas 10 años.—Valencia)



Aquellas bellísimas mujeres que llevaban cola de salmón, nábe, no le vieron, y Lapicerín continuó su camino. De pronto, un pez espada pasó rozándole, y por poco

Un eñorro de tinta china



Un poco más allá sorprendió a un grupo de sirenas que estaban ensayando unas melodías encantadoras.

ANDANZAS DE LAPICERIN

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

CAPITULO IX

En el fondo del mar

NUNCA tan fundado el terror de Lapicerín como en aquella ocasión, pues lo primero que se ofreció a sus ojos al abrirlos, fue un enorme pulpo que miraba a nuestro héroe con ojos centelleantes y avanzaba los tentáculos presto a aprisionarle.

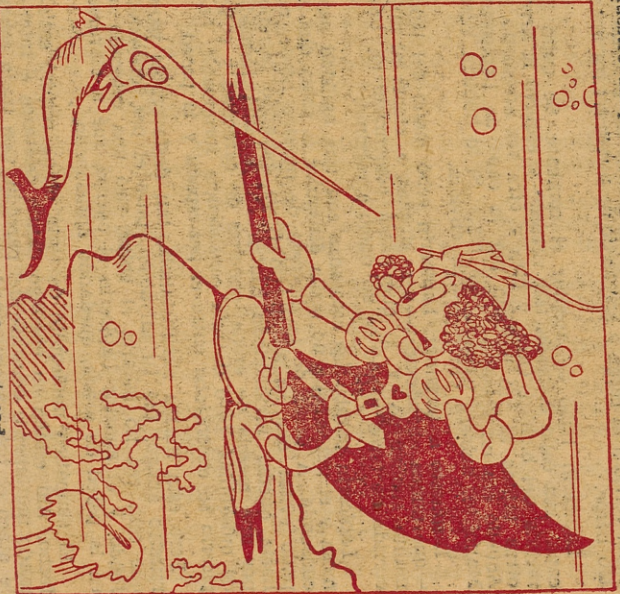
Por esto no extrañaréis que a Lapicerín se le paralizase en las venas la sangre de tinta china y estuviera un momento indeciso y sin saber qué partido tomar. La situación era gravísima y, de momento, pensó en la manera de ponerse a salvo.

A pesar del aturdimiento, Lapicerín no había dejado de observar ciertos detalles muy curiosos: el principal de ellos, y del cual pensó en sacar provecho, era que, no obstante encontrarse rodeado totalmente de agua—pues lo que estaba en el fondo del mar—no había perdido la libertad de movimientos, y se hallaba completamente seco. En una palabra: que el agua de aquel mar, NO MOJABA. Cosa verdaderamente extraña, pero absolutamente cierta.

Siendo así, Lapicerín pudo correr para ponerse fuera del alcance del monstruo, igual que lo hubiera hecho en tierra firme, pero pronto se dio cuenta de que su esfuerzo era perfectamente inútil, pues el pulpo—que, como es

pudo huir el cilepo como lo hiciera un torero de cartón. —¡Qué bruto!—exclamó Lapicerín. Pero aquello no había sido una casualidad. Aquel pez espada iba dispuesto a quitárselo de en medio, y así, ape-

Lapicerín paraba las estocadas.

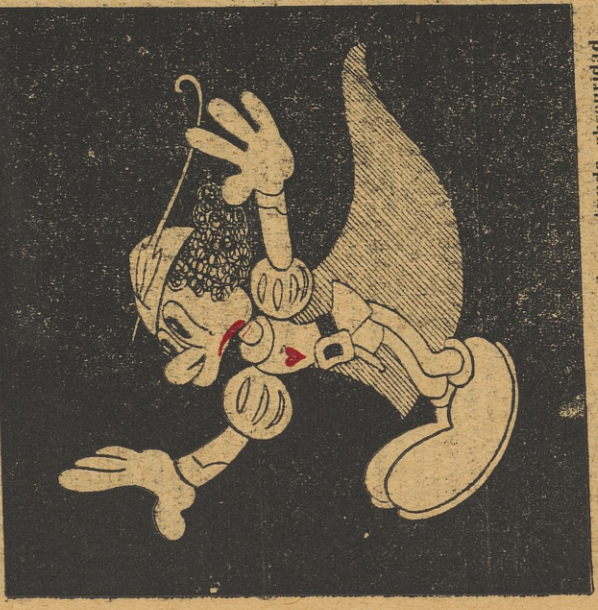


le ensartó con su defensa puntisguda. Gracias a que nuestro simpático muñequito se dio cuenta a tiempo y

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

ANDANZAS DE LAPICERIN

Enano y muñequito anduvieron durante largo rato. —¡Cuidado!—advirtió el enano. Lapicerín volvió la cabeza y no pudo ver más que



Y un enorme masa negra, como una nube, que avanzaba rápidamente hacia ellos, y quedó sumido en la más profunda obscuridad.

Colaboración MANTIL



JARRIBA LAS MANOS!
Amparín Lacárcel.



Juanita Marín, 7 años.
Valencia.



Vicente Gozábez, 10 años.
Valencia.



Vicente Ferrer, 12 años.
Valencia.



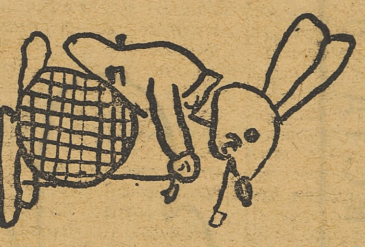
MONITO
J. Gabriel Pa'omar,
12 años. Calpe, Ca.



QUE DE HALCON
Palmítin Calvo.



Angelín Ruiz, 6 años.



Alfredo Luis Hueso, 9 años.
Burjassot (Valencia).



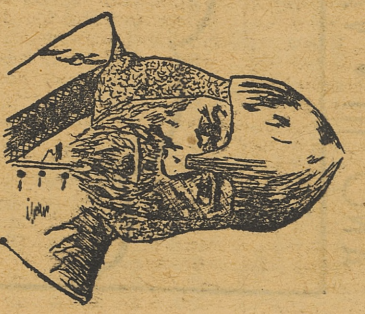
Carmén Griguela, 14 años.
Valencia.



Antonio Pallás, 13 años.
Valencia.



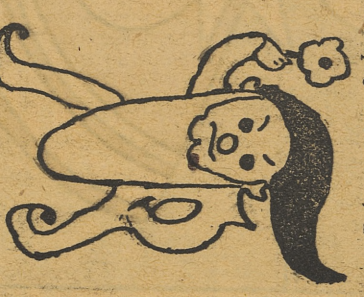
José Luis Berenguer,
Mislata (Valencia).



EL CID CAMPEADOR
Vicente Palau, 12 años.
Valencia.



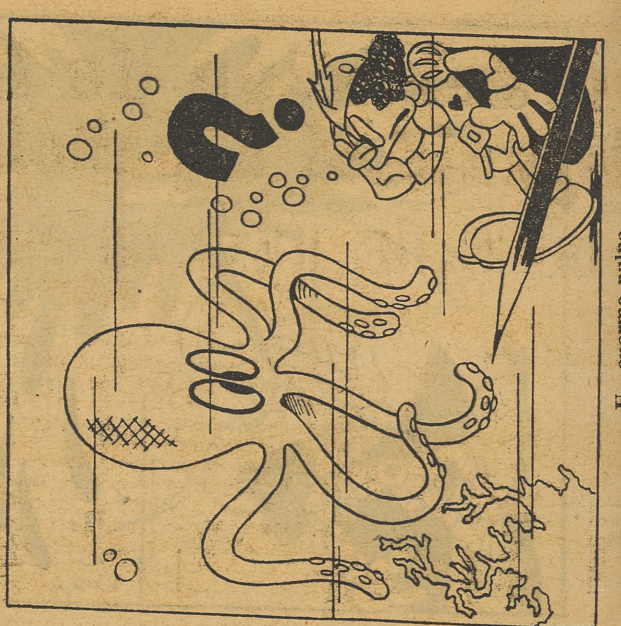
Enrique Clemente, 11 años.



BARBILLAS
Asunción Fayos, 11 años.
Valencia.



AUTOPRESENTACION
—Me llamo Juan Ricos,
¿Y usted?
—Yo no.
José Rousell. (Meliana).



«PEQUE» DE LA BIBLIOTECA

ANDANZAS DE LAPICERIN

natural, estaba en su elemento—le seguía a su misma velocidad extendiendo sus tentáculos viscosos, y pronto hubiéramos dado buena cuenta de nuestro muellequillo.

Lapicerin volvía la cabeza de trecho en trecho, y siempre encontraba aquellos ojos enormes, que le miraban codiciosamente, y hasta alguna vez le parecían percibir el contacto de aquella carne resbaladiza.

—Si seguimos así, estoy perdido—pensó—. Habrá que tomar una resolución que me libere de este animalito.

Y, según iba corriendo, se le ocurrió una idea, que puso inmediatamente en práctica.

Pensado y hecho: dejó de correr y paró en seco, cosa que no os debe extrañar, pues ya os he dicho que el agua de aquel mar no mojaba. Paró en seco, pues, y volvióéndose rápidamente, soplo con todas sus fuerzas a los ojos del monstruo.

El resultado fué tal como Lapicerin lo había imaginado. Un chorro de tinta china, salió disparado por la boca del muellequillo, cegando de este modo a su perseguidor. Lapicerin parecía un calamar.

Y cuando el pulpo pudo darse cuenta de nuevo de lo que le rodeaba, el muelleco estaba muy lejos de allí.

Salvado del ataque del pulpo, Lapicerin caminaba muy contento, tan contento, que hasta cantaba y todo:

En el fondo del mar, Matariñe-rile-ron,
en el fondo del mar, Matariñe-rile-ron.

Además, aquellos paisajes submarinos eran magníficos. Nada de cuanto había visto en la tierra podía compararse ni remotamente con aquello que estaba viendo: peces de las más variadas formas y colores pasaban

odpud murtone un

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

piel, el pez dió una gran sacudida y quedó convertido en un enanillo, aprisionado por las narices en el paredón.

—¡Hola, hola!—dijo Lapicerin—. ¿Conque esas tontomas? ¿Así es que tú no eres lo que parecías?

—Ya ves que no—contestó el enanillo—. Yo estoy aquí por encargo del gigante Grandullón para evitar que nadie pase este mar. Pero tú me has vencido.

La voz del enanito daba risa. Como tenía sujetas las narices, su voz producía un sonido gangoso muy cómico.

—¿Entonces eres de la pandilla de Grandullón? Pues estás muy bien sujeto para que te dé ni mercedo.

Lapicerin se dispuso a apartar al enanillo. Ya había levantado el lápiz para descarrarlo sobre las costillas del pequeño servidor de Grandullón, cuando éste gritó:

—¡No me pegues Lapicerin!

—¡Hola! ¿Sabes mi nombre?

—¡No me pegues!—suplicó de nuevo—. Libérame las narices y te ayudaré en tu empresa.

—¿Podré fiarme de tí?

—Sin duda alguna; libérame, y prométeme ayudarte.

Y Lapicerin excavó en la pared en derredor de aquellas enroscadas narices, que por fin salieron de su prisión más amoratadas de lo que convenía a su dueño.

—Grandes, Lapicerin—dijo el enano, ya sin matices gangosos—, eres bueno y mereces que me ayudes. Dámeme las de saber que yo no estaba por mí fustio al servicio de Grandullón. Hace muchos años que el gigante, valiéndose de sus malas artes, me enanito y me convirtió en pez-espada, y era preciso que me quitaran la piel para romper el hechizo.

—¿Entonces, acerté sin saberlo?

—Acertaste, Lapicerin, y por eso te estoy muy agradecido, pues así vuelvo a estar al servicio del bien.

«peque» de la biblioteca

Los hombres que vuelan

Por Luis Motta

(Continuación)

El aeronauta hizo funcionar el motor, y después subió a la barquilla.

—¿No nos necesita usted?— preguntó uno de los automovilistas.

—No, muchas gracias; creo que tengo aún bastante esencia, y se volvió hacia el depósito, haciéndole sonar con los dedos.

—Está casi lleno—dijo—. Caballeros, les repito a ustedes las gracias. No sé como.

Uno de los automovilistas se acercó al aviador, mientras el otro se quedaba detrás del aeroplano. El motor funcionaba con gran estrépito, como si estuviera impaciente por marchar.

—Un momento—añadió Marchal—. ¿Podría usted decirme cuántos aviadores han pasado delante de mí?

—Es usted el segundo.

—¿Hace mucho que pasó el que me precede?

—Unas dos horas.

—¿Y quién es?

—No lo conocemos.

—Es igual; ya le alcanzaré. Gracias, caballeros, y hasta la vista.

—¡Hasta Roma!

—¡Si van ustedes...!

—Así lo esperamos.

Marchal bajó la palanca; el motor se puso en marcha; el aeroplano recorrió unos cien metros y después se elevó, teniendo el vuelo.

Al poco tiempo pasó sobre el tranquilo cauce del Ain. Los barqueros con sus embarcaciones cargadas hasta arriba, y arrastradas desde la orilla por caballerías, se dirigían hacia el Rodano; los marineros saludaron al aviador a grandes voces, agitando los sombreros.

Algunas aldeanas supersticiosas se persignaban, mirando espantadas el prodigioso aparato.

Allá, a lo lejos, muy a lo lejos, entre el vapor que levantaba el calor, Marchal distinguió a Lyon.

La aparición, aunque lejana, hizo que el corazón se le ensanchase, pues podía dar por atravesado todo el territorio francés. Este consuelo no le delaba puesat en las otras ciudades que aún tenía que vencer: la travesía de los Alpes del Delinado, los del Occidente, de Chambéry a Montecarlo, y después el vuelo colosal de Montecarlo a Livorno, sobre la azulada superficie del Mediterráneo.

—¿Qué sorpresas le aguardaban? ¿Qué aventuras, aparte de las emboscadas, tendría que afrontar y vencer antes de abordar a su destino?

Seguramente dos años antes nadie se hubiera atrevido a hacer un recorrido como éste que tantos peligros sería y graves presentaba; de todos modos, los aviadores que se habían comprometido para la prueba, conanando su vida a un frágil aparato, mantenido por un sencillo motor, eran, sin duda alguna, unos verdaderos héroes.

Marchal repasaba en su memoria las victorias sucesivas de los osados mártires del nuevo deporte, y se afirmaba en la opinión de que esta última prueba en la cual tomaba parte, era la más peligrosa y la más gloriosa de todas.

A lo lejos retorcían los lagos de la Saboya Alta, y respaldaban las nieves del Mont-Blanc.

Hermoso panorama!

Brillantes nevadas, pocos elevadismos que parecían desahuciar al cielo; montones de nubes que cubrían el remate de algunas montañas; lagos plateados espumosos torrencios, valles profundos, todo a la nieve iba reuniéndose y alcanzando una altura prodigiosa; cabanas aisladas en medio de la sierra, todo en fin, constituía una de esas maravillosas espectaculosas que pocas veces encuentra la mirada humana desde semejante altura.

Una vez cruzado el hermoso río Marchal tuvo que bajar la palanca para que subiera el aeroplano a mayor altura.

Más tarde se vio forzado a descender; luego, a elevarse sobre una sierra de montañas; después sobre otra, corriendo hacia Chamoniix, atizado en un oscuro grupo de montañas agrestes.

De estos montes casi cubiertos por nubes sobtaba un recillo fresco, acariador, que no dificultaba en lo más mínimo la marcha del aparato.

El aeroplano marchaba con gran rapidez, y con su ligero balanceo de ave le proporcionaba al aviador deliciosas sensaciones. A Marchal le parecía ir por el mar, mecido por unas olas llenas de una dulzura y voluptuosidad infinitas.

Bajo sus plantas desfilaban los paisajes alpinos, que saludaban su paso con el repique de las campanas de los poblados,

mientras algún pastor corría por los senderos intentando seguirle y verle de más cerca.

Ante la aparición del inmenso palarraco, tendían, pesado, su vuelo, bandadas enteras de grajos, que llenaban el aire con sus roncós gritos.

En los corrales huían también las gallinas, cacareando, sorprendidas por el vuelo de aquel haicon, nuevo para ellas.

Marchal seguía avanzando, confiando en su destreza y en la precisión de su máquina. El aparato obedecía con docilidad las órdenes del aeronauta. De pronto, le pareció que el motor, excesivamente recalentado, no funcionaba bien; lo primero que se le ocurrió es que habría sufrido alguna avería, y como tenía muy presente la última desventura, examinó con cuidado todas las piezas del motor.

El motor se detuvo un instante; el aeroplano evolucionó con irregularidad, inclinandose ligeramente hacia el valle, en el fondo del cual se destacaba la carretera de Chamoniix.

A Marchal se le ocurrió entonces una idea:

—¿Si será la esencia?—se preguntó.

Reconoció en seguida el depósito y vió, con asombro, que estaba casi vacío; tendió la mano hacia el depósito de reserva y una exclamación de sorpresa y de cólera se escapó de sus labios.

—Nada tampoco!

En efecto, el depósito de metal estaba vacío, pero completamente vacío; Marchal lo cogió para examinarlo de más cerca.

En la parte inferior habíase practicado un pequeño agujero, que parecía hecho con la aguda punta de un cuchillo.

Por allí se había vertido, poco a poco, con una imperceptible continuidad, el líquido que servía para alimentar el motor, y por consiguiente, aseguraba, la marcha del aeroplano, mientras el aviador volaba tranquilamente hacia su glorioso término.

Pero, ¿quién había podido cometer aquella infamia?

Mientras Marchal buscaba respuesta a esta pregunta, el aeroplano descendía poco a poco, con lentitud extrema, hacia el valle de Chamoniix.

Por fortuna, quedaba aún bastante combustible para que el aparato pudiera hacer un vuelo de varios kilómetros, antes de lo contrario, se hubiera visto obligado a pararse en medio de la montaña.

Por lo demás, la carretera de Chamoniix estaba concurrencísima; no dejaban de pasar coches y automóviles, que corrían al encuentro de los aviadores que habían sido anunciados por teléfono; Marchal, avanzando con prudencia, se acercó a la ciudad.

Tras una cadena de montañas, sentada como una reina, rodeada de pinares y sembrados, apareció al fin, la capital, y mientras que el aeroplano corría hacia ella, el aviador pensaba en la cobarde emboscada que se le había tendido.

—¿Quién había sido? ¿Pierre Bonnard en Dijon? No; porque antes de abandonar aquella ciudad, reconoció el depósito. Entonces, ¿quién podía ser? Después no había descendido más que cuando el accidente que le ocurrió a orillas del Ain.

—¿Cómo? ¿Será alguno de los automovilistas que le habían secorrido?

—¿Por qué no? Sin embargo, no habían podido estar más atentos con él; le habían sacado de las marismas... No sabía qué pensar ni a qué causa atribuir su desgracia, pensó en la casualidad, pero hubo de desechar esta idea, convencido de que en aquello había intervenido una voluntad humana.

—¿Cómo, aparte de los automovilistas, no se le había acercado ningún hombre a pesar de su repugnancia, no tuvo más remedio que atribuirles la paternidad de aquel odioso atentado. ¿Estarían pagados por Bonnard? ¿Serían cómplices suyos? Con esta idea, más arraigada cada vez, Marchal bajó hacia la ancha carretera del valle.

Automóviles, bicicletas y motocicletas se aproximaban en torno del aeronauta, entre las largas hileras de pinos y cedros.

—¿A qué distancia nos hallamos de Chamoniix?—preguntó Marchal a un deportista.

—A unos cinco o seis kilómetros.

—¿Ha sufrido usted alguna avería?—le preguntó otro.

—Ninguna.

—¿Por qué ha bajado usted?

—Nesolros se la ofrecemos.

—Acepto reconocido, a menos de que no pueda servirme de él, aeroplano.

—¿Y eso?

—El camino es bastante ancho, pero no retine todas las

(Continuará)

REVOLUTILLO

ADIVINANZAS

Estoy en el mar y estoy en el aire; estoy en la casa, y estoy en la calle. Piensa un momento que no es cosa rara y a poco que pienses podrás acertarla.

Solución: El sol.

Manuel Sales
11 años. Valencia

¿Cuál es el nombre que tiene más letras?

¿Y el que tiene menos?

NI-casi-o.

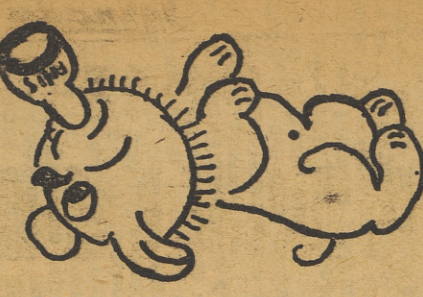
Bartolomé Martínez
14 Cañada. (Valencia)

¿Qué cosa es la que te da en la cara y tú no la ves?

El viento.

Joaquín Hoyó, 10 años.
Joaquín Cullera.

BORRACHIN



Rafael Fayos, 12 años.
Valencia.

COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un árbol?

—Casarse con una "americana".

Pepe Crespo
13 años.—Valencia

—¿Cuál es el colmo de una peluquera?

—Hacer permanentes sin rizar el pelo.

—¿Cuál es el colmo de una botanera?

—Forrar botones sin tela.

Nieves Gómez
12 años.—Valencia

—¿Cuál es el colmo de un sorbo y de un ciego?

—Pues el del sordo, oír que se acerca la comida. Y el del ciego, que se comprase "El Peque".

Francisco Monchoff
13 años.—Valencia



FALLA INFANTIL NUMERO 8.—Comisión calle Plus Ultra y Carrera de San Luis. Traste 1.º; Presidente, Santiago Martínez; secretario, Francisco Alvarez Sanchis; tesorero, José García Ródenas; vicepresidente, Enrique Guardia Lillo; vicepresidente, José Alvarez Pérez; vocales, Vicente Plá Esteve, José Soler Ruiz, Emilio Sanchis Ortiz y Rafael Sanchis Ortiz.

CHISTES

Portera: —Para abreviar le llamaré Pepe.

Manuel Sales
11 años Valencia

El Peque: —Don Juan, ¿es cierto lo que dicen?

Don Juan: —¿Qué dicen?

El Peque: —Pues que se está quemando su casa.

Don Juan: —Imposible!

—Precisamente tengo la llave en el bolsillo.

J. Harris
14 años, La Coruña

Portera: —Secarse.

Jose Ariño
13 años. Torrente

Portera: —¿Cómo se llama usted?

El visitante: —Pe... Pe... Pe... Pepe.

Amiguitos de EL PEQUE

Han sido nombrados «Amiguitos de EL PEQUE» los siguientes:

Alberto Aparisi.
Andrés Subirats Casanovas.
José Sánchez Ramírez, de Madrid.

Manuel Motillas.
Antonio Buigues Pons.
E. Enrique Lluçan Adelan-tado.

Miguel Navarro García.
José Oliver Pérez.
Amalia Más.

Juanín Iborra Bosch.
Vicente Huerta.
Inés Torres Ruiz.

Todos ellos deberán enviar a esta Redacción —Pintor Sorolla, 10— dos fotografías tamaño carnet, juntamente con una nota en la que conste el nombre y dos apellidos, fecha de nacimiento y el oportuno carnet.

Asimismo, los que residan fuera de esta capital deberán remitir un sello de franqueo para el envío por correo de su tarjeta.



Fortunato Redondo,
11 años. Valencia.



AGUSTI
M. Casaña.

LA HERENCIA DE DON MUCHODINERO

Cierto día, Dios sabe cómo, llegó nuestro planeta un ejemplar de «El eco de los Aquelarras».

En el órgano principal que se publica en el país de los brujos, allá donde se sube a la estratosfera, significa por un camino a mano derecha, y el autor atribuye tan insólito hecho a la distracción de un brujo que bajó a la tierra y después de haber realizado algunos de sus rituales se puso a leer tranquilamente olvidándose a su partida del curioso diario.

Pero como el diablo siempre anda pensando dónde hará el mal, se las ingenio para que las veleidosas hojas volasen, y el periódico en cuestión se despojó ante una de las ventanas amplias de un edificio majestuosos, propiedad de un avariento peñonero, que con todas sus riquezas no se sentía feliz, porque su única ilusión era aumentar constantemente el caudal de sus arcas.

Lévy y releyó el avaro, tan extraño ejemplar y al fijarse en su página de anuncios diose una palmada en la frente, al tiempo que exclamaba:

—Lo que yo estaba buscando. Al fin encontraré quien me ayude en la empresa que quiero llevar a cabo.
¿A qué empresa se refería el malvado? Muy sencillo. Don Muchodinero, que así se llamaba el sujeto de referenda, hablase enterado de que un mortal de tanta cuantiosa que comparada con la suya era en proporción de ciento por uno. El finado no tenía herederos y el Gobierno de su país había decidido que sus bienes fuesen repartidos entre todos los que demostrasen llevar su mismo apellido, cuya circunscripción se daba en el caso de Don Muchodinero, que se llamaba, además, Remidas.

Pero el inconveniente que veía nuestro hombre era que otros muchos se hallaban en el mismo caso.

El avaro tenía doce sobrinos: cinco primos, cuatro hermanas y algunos otros parientes. Ya que no podía apartar a los que no conocía, por lo menos pudiese haberlo con los que tenía cerca y sabía dónde estaban.

Héle aquí el porqué hablase alegrado tanto al leer «el eco de los Aquelarras». En realidad, había motivos para ello. Juzgare el lector, por sí mismo. Entre otros anuncios, había uno, redactado en los siguientes términos:

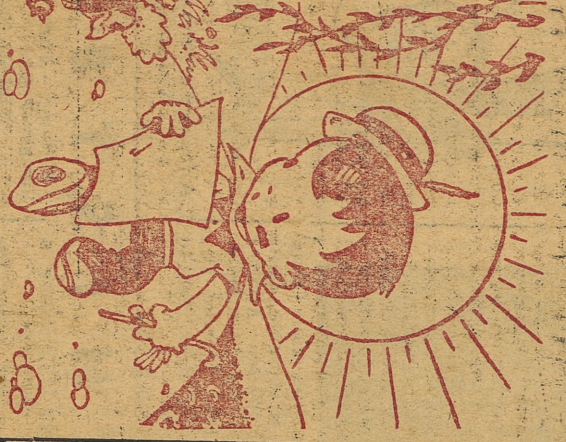
«SECCIÓN DE BRUJOS» Agencia Católica. Es la que mejor le atenderá por menos dinero. Precios especiales cuando el número de víctimas asciende a más de cien. Gestiones de todas clases: herejías, llos de familia, mal de ojos, mal de ojo, caducas. Se hacen ver visiones de medo, se asustan niños, siempre gratis. Especialidad en hacer que los novios se peleen. Además, en esta agencia se gradúan brujos para todas las especialidades en cursos por correspondencia y fátulo. No espere a mañana para visitarnos. Trabajamos en los Planetas Marte, Venus, la Luna, Júpiter, etc., etc. Dentro de algunos días se inaugura una sucursal en la Tierra, demostrando de esta manera nuestra magnífica organización, que actualmente se extiende a centenares de estrellas. La dirección del nuevo representante será, etc., etc.»

Para qué más... Con esto tenía bastante Don Muchodinero y sin perder un instante corrió hacia el lugar indicado, donde

de bajo la apariencia de un buen industrial encontró a un auténtico brujo, recién salido de Academia y desahogado por su jefe, el celebérrimo Cataplum, a nuestro planeta.

Pero no pudo terminar aquí, como el lector puede presumir. Si bien el demonio emplea todo su ingenio y malas artes en hacer el mal, el Ángel Bueno también se preocupa de neutralizar sus efectos, y aunque algunas veces no lo paraliza, le vigila de cerca.

Y así fue que el periódico desapareció misteriosamente de las manos del avaro y fue a parar a las de un cuquiullo travieso y simpático cuyo nombre era Justino. Trabajábase de un niño que desde su más temprana edad contra sólo por el mundo porque sus padres murieron poco después de nacer, él y que se causó



—Es magnífico!

de las privaciones sufridas se había espaldado como una ardilla, cosa muy corriente entre los humanos y que demuestra la necesidad de que el hombre se encuentre en su camino con grandes esfuerzos para probar su temple y reforzamiento. ¡Es magnífico! exclamó entusiasmado al leer la página de anuncios que antes albergaba también tanto a Don Muchodinero como a sus familiares y me tira bien dentro de su círculo. Y sin pensarlo que al parecer tiene un buen negocio y necesita algunos ayudantes.

Y poco después de haber salido al ayuntamiento de la casa del representante, periferó el equilibrio en ella y solicitó el empleo ofrecido.

Alfide el representante de pies a cabeza y agradándole su porte creyó en él un futuro brujo digno de contarle entre los discípulos de Cataplum. Y sin pensarlo mucho le dio una escoba, mechaca y rodadora paratizada en su país y le señaló el camino que debía seguir.

Poco tardó en ganarse las simpatías de los brujos que en su pueblo. Al principio le tomaron con algún reparo porque no habían hecho ninguna prueba con elementos de la tierra, pero puesto que allí iban a trabajar desde entonces, fueron a tener algún hábito que como clase esdrújula sus usos y costumbres

para darles informes cuando los precisasen.

Justino, al embarcarse en la aventura, no quería solamente ganarse el sustento, sino entretener por sus propios ojos de lo que los brujos eran capaces de hacer. Él se dedicaban a asustar a los niños malos, bien hasta tener que objetar a ellos. Pero si pensaba hacer el mal a diestro y siniestro, procuraría por todos los medios paralizar los pies y hacerles trocascar de plano.

Imagínese, pues, el lector su disgusto cuando leyó el informe hecho por el representante de la Tierra, que detallaba punto por punto, error por error, todas las previsiones del muy miserable Don Muchodinero.

«Mañana mismo partiremos—le dijo Cataplum—. He de ser precisamente yo quien organice esos trabajos en la Tierra, pues es la primera vez que los alumnos de mi escuela trabajarán allí. Vendrá también el brujo Cebollino, la bruja Chamusquina y Mamá Horrorosa. Pueden ir a la cama—continuó el brujo Cataplum—. Querido que mañana es bien fresco y dispuesto para el trabajo, que será agotador.

Justino fingió obedecerle y se retiró a su habitación, pero poco después, cuando los ronquidos del brujo y sus aventajados discípulos llenaban la casa, de sonoros ecos, levantóse muy diligente y montando en una escoba mecánica del último modelo, con motor flotante y frenos hidráulicos, marchó a mill por hora hacia la Tierra.

Lo que hizo allí no hemos de contarlo ahora. Bástale saber al lector que bajó toda la noche como un condenado y cuando de madrugada regresó al país de los brujos, exclamó con el rostro radiante de contento:

—Ahora veremos quién vence a quién. Seguramente que el trabajo que piensa realizar el brujo Cataplum en la Tierra, será el primero y el último.

Después de comer, hicieron los preparativos para la marcha. Justino bostezaba un poco de vez en cuando, pero procuraba por todos los medios reprimir el sueño. La noche se acentuaba y no debía olvidar que vendría trabajo intenso. Cuando el brujo Cataplum dio la señal de partida, pusieron en marcha las escobas voladoras en formación de columna y sin perder el contacto en ningún momento, llegaron a nuestro planeta poco antes de la media noche.

—A trabajar en seguida—ordenó Cataplum—. El brujo Cebollino se dirigirá a la casa de los sobrinos de nuestro cliente, que está en la calle de las Angustias, trece duplicado; la bruja Chamusquina penetrará por la ventana del dormitorio de sus primos, situada en el sexto piso de la calle del Eracaso, número siete, y Mamá Horrorosa la acompañará para lanzar algunos jarrotes de su especialidad, aquellos que la hicieron famosa en su tiempo y le permitieron conseguir el título de «Miss Catagoritas» en nuestro país.

En cuanto a nosotros—Justino y yo—nos iremos al domicilio de los hermanos de Don Muchodinero. Son los más duros de pelear y es preciso hacer algo definitivo para quitarlos de en medio.

Cada cual se dirigió hacia el punto señalado por el brujo. Poco después entraba el brujo Cebollino en la casa, nu-

LA HERENCIA DE DON MUCHODINERO

(Viene de la anterior.)

Y ayudándose de un paño quitaba la pintura que cubría la liba delado en el suelo.

—¿Es insoportable?—exclamó fuera de sí. —No sabe usted que soy Mamá Horrorosa?

—Mejor diría Mamá Coochillina—contestó el interperado—. ¿No tiene mejores ideas que declarar el piso perdido? La bruja no pudo resistir tanta frescura y siguiendo el ejemplo de Cebollino, se remontó por los aires, encontrándose a la salida a Chamusquina, que salía echando espumarajos por la boca y llevando varios perallos prendidos en el vestido, que al estallar uno después de otro ya llenaban de espanto.

—Qué gentilidad—rugió al pasar por su lado—. Me han recibido a pedradas y cuando yo recibía, rebanaban mis palabras danzando como las Odaliscas. Lo que es a mí no me verán nunca más por la Tierra.

Mientras tanto, Justino seguía con su obra. La noche anterior puso en guardia a todos los que debían recibir la visita de los brujos y de este manera consiguió que fracasasen tan rotundamente. Solo fallaba que su exito se confirmase en casa de las hermanas de Muchodinero, que vivían en él, y para lograrlo, guió el muchacho al brujo Cataplum a la habitación del avaro en vez de haberle llevado a las presuntas víctimas.

El terror de Don Muchodinero fue tan grande al verse ante un brujo de carne

Y ayudándose de un paño quitaba la pintura que cubría la liba delado en el suelo.

—¿Es insoportable?—exclamó fuera de sí. —No sabe usted que soy Mamá Horrorosa?

—Mejor diría Mamá Coochillina—contestó el interperado—. ¿No tiene mejores ideas que declarar el piso perdido? La bruja no pudo resistir tanta frescura y siguiendo el ejemplo de Cebollino, se remontó por los aires, encontrándose a la salida a Chamusquina, que salía echando espumarajos por la boca y llevando varios perallos prendidos en el vestido, que al estallar uno después de otro ya llenaban de espanto.

—Qué gentilidad—rugió al pasar por su lado—. Me han recibido a pedradas y cuando yo recibía, rebanaban mis palabras danzando como las Odaliscas. Lo que es a mí no me verán nunca más por la Tierra.

Mientras tanto, Justino seguía con su obra. La noche anterior puso en guardia a todos los que debían recibir la visita de los brujos y de este manera consiguió que fracasasen tan rotundamente. Solo fallaba que su exito se confirmase en casa de las hermanas de Muchodinero, que vivían en él, y para lograrlo, guió el muchacho al brujo Cataplum a la habitación del avaro en vez de haberle llevado a las presuntas víctimas.

El terror de Don Muchodinero fue tan grande al verse ante un brujo de carne

El más pequeño de los halcones europeos



En las regiones extremas del Norte, allí donde terminan los bosques y empieza la tundra con sus llanuras pantanosas, vive el más pequeño de los halcones europeos. Es el que lleva el nombre técnico de «cazador» en la clasificación de Linneo. Se le dis-

tingue fácilmente de los demás halcones por las rayas negras que cruzan su lomo y por que su color se decanta visiblemente en el cuello y en la punta de la cola.

Cuando llega el otoño, emigra de aquellos ríos para ir a invernar en el centro y se extiende por el centro y

Y luego que se puso a temblar como hoja de árbol, murmurando poco después como un pollito.

—Ha sido un éxito—exclamó Cataplum, al salir de la habitación, trocando se las manos—. Ahora vamos a otra dependencia. Supongo que nuestro cliente quedará contento.

Pero contra lo que había supuesto fue recibido por los hermanos del finado avaro con toda la tan utilidad de un inglés.

Que las hacía el juego de «la Coliflor rodadora»: ellos contestaban con unas sonrisas omeñetas sobre el muro, que podía en prietas «la Piripirreña que charla»; ellos imprimían una multitud de papel que se movía la cola.

Ante tal desfachatez y dándose todos los diablitos el brujo Cataplum de la casa y fue a retirarse con sus arrebatos, que le agarraban cerca de la estratostera. Pero la última jugareta de Justino también dio sus resultados. Había dejado los depósitos de esencia de las máquinas voladoras medio vacíos y al terminarse el combustible cayeron todos desde tan considerable altura al mar, donde terminaron sus días para bien de la Humanidad.

Los familiares de Don Muchodinero recibieron la herencia y Justino vivió entre ellos, sin que nunca más volviese a nada.

Entre estudiantes

Pedro y Pablo eran dos muchachos muy estudiosos (según ellos). Como sus respectivos padres vivían en el campo, ellos estaban en una casa de pensión en la ciudad y el viernes por la noche, no sabiendo que hacer, uno preguntó al otro:

—¿Dónde vamos esta noche?—Mira—le replicó el compañero—, echárennos una nochedita al aire. Si sale cara, vamos al cine. Si sale cruz, vamos al teatro. Y... si la moneda queda parada de carito, nos quedamos en casa a estudiar.

No sabemos cómo cayó la moneda. Lo cierto es que ninguno de los dos supo su resultado en el colegio al día siguiente.

Por eso hubo un fiendón en que era la compañera favorita de las damas aristocráticas que practicaban el deporte olímpico.

Galaxia II tenía siempre gran número de estos halcones, a los que devolvía su libertad en otoño para quedarse sólo con las crías.

Es muy difícil criar y cuidar, pero eso tiene la compensación de que es agradable y se acostumbra pronto a su dueño.

REVISTA DE AGOSTO DE 1923